

muerte de Carlos IX: «Si para ser rey de Francia tuviese V. A. el derecho conforme á los méritos, podría ser luégo coronar sin contradiccion ninguna; mas habiendo de ir esto por sucesion, podríamos echar los ojos á lo que va por eleccion y por méritos, y cuando vacase lo de Polonia con el nuevo reino y herencia del que agora lo tiene, podría ser tentado con el rey nuestro Señor que encaminase y procurase la eleccion para V. A.» (1).

Este héroe inquieto va á ser en fin llamado

á levantar la fortuna de Felipe en los Países Bajos. Ha debido suspenderse la narracion de los acontecimientos del Norte en el momento en que el duque de Alba se disponia á ponerse en marcha, de modo que no la suspenderemos ya á contar de la época en que Felipe, separándose de la política conciliadora de Margarita, se empeña en un sistema de represion extremada y de autoridad absoluta, gasta sus fuerzas, y quiere volver de nuevo á la conciliacion enviando á Flandes al vencedor de Lepanto.

CAPITULO XV

SEGUNDO PERÍODO DE LA LUCHA CONTRA CATALINA DE MÉDICIS Y LOS PAÍSES-BAJOS.—

EL DUQUE DE ALBA

1567-1569

PREPARATIVOS DEL DUQUE DE ALBA.—INFANTERÍA ESPAÑOLA.—PRISION DE LOS CONDES DE EGMONT Y DE HORNES
—EL TRIBUNAL DE SANGRE.—ASESINATO DEL BARON DE MONTIGNY.—OMNIPOTENCIA DEL DUQUE DE ALBA

I.—Preparativos del duque de Alba

Mientras Malta estaba en peligro y la política de Catalina de Médicis preparaba complicaciones hostiles, Felipe II no perdía de vista los Países Bajos ni cesaba de anunciar su partida para el Norte. «El caudal que yo hago de vuestros advertimientos, escribia á Granvela (2)... Montigny y Bergues así se están aquí y estarán todo el tiempo que será menester, aunque ellos hacen harta instancia que se les dé licencia para partirse... No puedo impedirles de enviar cartas, bien que se les vigile de cerca: se hace lo que se puede; pero es de menester quitar el alarma. He de ponerme en camino con un ejército.» Y cuando sabe por un aviso de Don Francés de Alava que se ha visto pasar cerca de Paris un correo de á pié que hacia diez y ocho leguas de jornada, con cartas de Montigny (3), el rey, segun su costumbre, pone al márgen «ojo.» En lo de partir él mismo, no ha pensado

(1) *Doc. inéd.*, tom. III, pág. 149, Don García á Don Juan, 30 de junio 1574.

(2) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 337, el rey á Granvela.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1507, pieza 70, del 6 de marzo de 1567. «Cuatro dias ha que pasó cinco leguas desta villa un correo de á pié á diez y ocho leguas al día, embiado de Montigni, y entiendo que por allí han pasado otros tres ó cuatro suyos: vienen con nombre de que los embia el capitan de los archeros flamencos de V. M.: parten de noche de Madrid.»

siquiera: ni se atreveria á confiar en la hospitalidad de Catalina, como Carlos V confió en la de Francisco I, ni á correr el riesgo de una travesía por mar, pues conserva un doloroso recuerdo de sus navegaciones, aunque en su sentir, «esto tiene de bueno el mareado que en viéndose en tierra, se pierde y olvida de todo» (4). Pero se afana con sus secretarios en la redaccion de un despacho en latin bárbaro para dar sus poderes al duque de Alba.

«Nos que en toda cosa y en todo negocio, con madurez y luenga deliberacion, justa y legítimamente pensamos y reflexionamos en todo lo que exige pensamiento y reflexion, nos curamos de estatuir, decidir y proceder con el mayor cuidado...» (5).

En estos términos, pues, da encargo al duque de Alba de someter á juicio á los caballeros del Toison de oro que fueron autores ó fautores de la rebelion, y de no tener en cuenta los privilegios de la Orden, ni ménos inquietarse por los juramentos reales. Notable prevision, que le hace anular, muchos meses ántes de violarla, la

(4) *Corresp. de Margarita*, tom. II, prólogo, pág. 70.

(5) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 345, 15 abril 1567. «Nos qui in omni re atque negocio mature magna cum deliberatione, juste ac legitime, pensatis ac consideratis omnibus que pensanda et consideranda sunt, statuere, decernere et procedere omni studio curamus...»

ley que puede poner obstáculos á sus pensamientos de venganza: aparta del duque de Alba los incidentes de procedimiento y los escrúpulos de legalidad que podrian retardar sus golpes, y arregla en su imaginacion los menores episodios con tal extension, que declara el mismo duque no haberse visto ligado en sus misiones anteriores por instrucciones tan estrechas (1).

El duque de Alba tiene en esta época poco ménos de sesenta años: es alto (2), delgado, seco, irascible; tiene la cabeza muy pequeña y la barba larga y canosa. No tiene al parecer más prisa que Felipe de ponerse en camino: menudeando sus cartas para reunir las galeras y barcos de transporte y los víveres (3), se entretiene, sin embargo, «tan enamorado de Doña María Manrique que no tiene momento de reposo sino cuando la ve, que es con la frecuencia posible» (4).

Apénas arrancado á esta pasion senil, cuando es detenido por la gota en el cabo de Creus (5). Despues se embarca en la flota de Doria, reúne sus tropas en Génova, y avanza al través de Saboya con mil doscientas cincuenta lanzas, ocho mil ochocientos españoles de los tercios de Lombardía, Nápoles, Cerdeña y Sicilia (6), y tres mil bisoños. Llevaba á sus órdenes como principales oficiales, dos veteranos de las guerras de Carlos V, Mondragon y Sancho de Avila, á su hijo Fadrique, su bastardo el prior Hernandez de Toledo y al italiano Chiapin Vitelli.

Pero la desercion comienza desde las montañas de Saboya. «Los desertores, escribe Alba al rey (7), son en tan gran número á lo que me dicen los maestros de campo, que estoy espantado.» El dinero, otra señal alarmante, falta desde el primer día: la mala administracion y las dilapidaciones han consumido los recursos reunidos con detrimento del comercio de Sevilla; los soldados están descontentos por no recibir sus soldadas; el duque de Saboya importuna al orgulloso general reclamando una suma debida de mucho atrás por las pagas de cinco mil pia-monteses que hubo de enviar al reino de Nápoles.—He hecho semblante, dice el duque de Alba, de no entender cosa de lo que queria decirme: bien creo que me han de tener por

miserable; pero ya he pasado la vergüenza (8). En Besanzon nueva dificultad. Besanzon es del rey de España, que recibe de sus burgueses un impuesto de quinientos francos anuales: la ciudadela es del emperador; la justicia depende del duque de Orange que es alcalde hereditario de la ciudad; en fin, «ciertos fautores de turbulencias comienzan á llevar á ella novedades» (9). El duque de Alba no es para tolerar semejantes complicaciones; temiendo que el espíritu formalista del rey retarde las medidas oportunas, toma de suyo las disposiciones necesarias. Se necesitaba una resolucion pronta, decia; y crea un tribunal independiente del parlamento de Dole; aumenta las facultades del teniente del rey, y para asegurar esta autoridad deja una guarnicion de algunos centenares de soldados bajo la expresa condicion de no estar á disposicion de la jurisdiccion eclesiástica (10).

El 8 de agosto, dos meses y medio despues de haber desembarcado en Génova, no ha pasado aún del Luxemburgo el duque de Alba: se detiene con el duque de Lorena, del que hay que desconfiar, por lo afecto que es al rey de Francia, «como á hombre que de la noche á la mañana les puede con un alguacil de palo echar de sus casas» (11). Por lo demás, está orgulloso de la impresion que ha causado en Europa el aire marcial de su ejército durante esta prolongada marcha: los hombres de guerra acudian á ver desfilar á soldados tan ricamente armados, que más bien se les tomaba por capitanes (12).

II.—La infantería española

El tercio español se formó lentamente durante las guerras de Italia y vivió hasta la batalla de Rocroy. Constaba de un criado y de una mujer por soldado, lo que hacia decir al duque de Alba: «Un ejército de treinta y dos mil combatientes representa cerca de cien mil bocas que alimentar, ó poco ménos (13).» Brantome hubo de tomar por meretrices á estas mujeres que no sino parecian princesas por sus atavíos (14), cuando las vió desfilar á caballo con el ejército que el duque de Alba llevaba á Flan-

(8) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 380.

(9) *Ibid.*, tom. XIV, pág. 434. Esta carta del duque de Alba al rey tiene la fecha del 14 de diciembre de 1571; es un error evidente de los editores. El duque de Alba estuvo en Besanzon en julio de 1567 y no volvió mas. El tumulto de Besanzon de que se hablará mas adelante, fué en 1575.

(10) *Doc. inéd.*, tom. XIV, pág. 446.

(11) *Ibid.*, tom. IV, pág. 379 y siguientes.

(12) Brantome.

(13) *Doc. inéd.*, tom. XXXII, pág. 13, Alba al secretario Delgado, del 20 de febrero de 1580.

(14) Brantome. *Rodem. espag.* Bien debia haberlas igualmente.

(1) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 354.

(2) Badoaro, *Relaz. ven.* «Di persona grande, magra, piccola testa, colerico et adusto.»

(3) *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 349 y siguientes.

(4) Ms. Bibl. nac. 10751, Fourquevaux á la reina madre, fol. 610.

(5) El 4 de mayo de 1567, *Doc. inéd.*, tom. IV, pág. 360.

(6) *Ibid.*, pág. 382.

(7) *Ibid.*, pág. 372.

des; pero las calumnió probablemente. Las más de las veces estaban casadas con los soldados á quienes seguían en campaña; á la manera que hoy en los ejércitos de muchas repúblicas españolas de América, estaban destinadas al cuidado del campamento y de las subsistencias. El número de los soldados casados era tan considerable, que no se pudo encontrar una escolta para acompañar á Felipe II, cuando se embarcó para Inglaterra en la época de su casamiento con María Tudor, no queriendo llevar mujeres á un país herético. Bien querían los hombres partir, ántes que perder sus plazas de soldado; pero las mujeres fueron llorando tras de sus capitanes solicitando que no se las dejara solas y desamparadas de sus maridos (1). Fué menester que Felipe permitiera á los soldados casados que se quedaran en España, haciéndose acompañar de reclutas mozos.

La plaza de soldado era una propiedad de que no se podía desposeer sino por condena: no había licenciamiento ni retiro: el soldado sentía el mismo pundonor é inspiraba el respeto mismo que el oficial: muchos soldados eran antiguos oficiales: veíanse en las filas ora capitanes reformados, ora maestros de campo caídos en desgracia, bien caballeros de órdenes militares (2). La profesion parecía bastante honrosa por sí misma para que no fuera necesario desear grados y distinciones. De aquí aquella solidez y podría decirse también delicadeza del tercio español: era un sér robusto que se conducía por el amor propio y se satisfacía con la gloria. «Los soldados viejos tienen por proverbio: *La victoria nunca viene sola*. Y está bien dicho, porque el orgullo de un triunfo hace los ánimos invencibles y los arriesga y dispone para emprender nuevas hazañas» (3).

La primera fila de la infantería tenía la rodela y la espada, la segunda la pica, la tercera el arcabuz; pero todos los soldados eran iguales entre sí y estaban igualmente orgullosos de su oficio. «Entre la soldadesca, dice el duque de Alba, no miramos la sangre, sino el soldado que está más adelante» (4). Y el valor podría dar al soldado reputación tan gloriosa como á un general: uno de los héroes populares de los romances, Alonso de Céspedes, era un soldado raso.

Cuerpos tan selectos en que tenían á mucha

(1) Viaje á Inglaterra, pág. 6.

(2) Cánovas del Castillo, *la Batalla de Rocroy*.

(3) *La Pícaro Justina*, pág. 96.

(4) *Doc. inéd.* tom. XXXV, pág. 146, Alba á Zayas, 16 nov. 1580.

honra sentar plaza los más nobles y bravos de la nación habían de merecer bien del rey. Carlos V no faltaba al deber de conocer sus tercios y sus virtudes militares, apreciando en tales hombres la ruda altivez, y hasta se hizo inscribir como simple soldado en la compañía de Don Antonio de Leyva, su mejor capitán. Pero Felipe II no estaba á gusto sino en medio de los oficinistas, dóciles y humildes; huía de la viril familiaridad del soldado, reservaba sus favores para los secretarios diligentes, para las plumas más rápidas, y olvidaba las soldadas de la tropa, y olvidaba los víveres de las plazas.

El soldado había de comer, como su mujer y su criado, y como decía Cervantes, uno de ellos, si la paga no llega, fuerza es cargar la conciencia y exponer la vida, tomando lo que se encuentra (5). El merodeo, el pillaje, el odio del capitán que se acostumbra á imitar al rey y á pagarse el primero interceptando las sumas que llegan tardíamente para las soldadas, determinan la insubordinación y muy luego el alzamiento: la campaña de Flandes va á contribuir á precipitar esta decadencia.

La negligencia del rey le fué rudamente reprochada por un soldado, cuyas palabras muestran qué grado de libertad había entrado en los hábitos militares. «¡Válame Dios! ¿Qué puede ser que siendo los españoles de su natura la gente más robusta, más belicosa y más codiciosa de honra de todos, la vemos agora la más amiga de holgarse? Yo vos diré. Hánse quitado la honra y el premio á los virtuosos y valientes y dádola á los viciosos y cobardes. Nunca más desearon honra los españoles que ahora; pero viendo que no anda ya con la virtud, buscándola con los vicios, pintándose, procurando favor, y huyendo de los peligros, no se les da nada de hacer faltas. Cuando Dios quiere castigar un pueblo, priva de juicio á sus gobernadores. No he visto escribano ni bachiller, ni hombre que tenga oficios de V. M. ó trate en su real hacienda que no se haga rico con ellos en dos días, y que no deje mayorazgo ó rentas á sus hijos, aunque haya gastado en la vida tres doblados del sueldo que V. M. le dió. Al contrario, no he visto un soldado que deje una sábana con que enterrarse cuando muera. ¿Quién echó los moros de España? ¿Quién descubrió las Indias? ¿Quién ha ganado los Estados de Italia y defendido los de Flandes? Por cierto no el bachiller con sus párrafos ni el escribano

(5) *Don Quijote*, parte II, cap. XXXVII.

con sus plumas, ni aún los galanes con sus invenciones» (1).

III. — Prisión de los condes de Egmont y de Hornes

Después de haber preparado el desenlace con tanto sosiego, el rey está á punto de comprometerlo con su impaciencia en el último mo-

mento: no es que olvide su papel de justiciero, dispuesto á ponerse en camino, porque acusa aún de malicia á los que comienzan á creerse engañados por sus proyectos de viaje, pero no puede menos de exclamar (2), á riesgo de provocar una emigración que engañaría su venganza: «No se haga gracia á nadie hasta mi



Entrada del duque de Alba en Bruselas
Facsimile de un grabado en cobre de F. Hogenberg

llegada. El decreto de la regenta que tolera el culto reformado es cosa ilícita y indecente... á la hora y sin réplica ninguna le revoque. Escribo á la regenta en francés para mayor satisfacción mía y claridad de mi voluntad.» Exigir que los suplicios sigan su curso, sin gracia posible hasta su llegada, es abrir los ojos á los prudentes, es empujarlos á que vayan á reunirse con el príncipe de Orange. Los más avisados suelen cometer estas torpezas. Alba también cae momentáneamente en falta semejante. Cuando al acercarse á Bruselas vió al conde de Egmont que se adelantó hácia él: Hé aquí el prin-

(1) *Doc. inéd.* tom. L, pág. 337. Carta al rey, del Capitán Barahona en 1562.

(2) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 374. Carta del rey á Granvela anunciando el 12 de julio estas órdenes enviadas á la regenta.

cipal hereje, dijo en alta voz. Y luego dirigiéndose á él: Conde, añadió, habriais podido ahorrar este viaje. Pero después de este primer movimiento concedido al odio, recobró su calma el duque, aceptó los caballos que le ofrecía Egmont, circuló con él por delante de las tropas con el brazo familiarmente apoyado en el hombro del hereje á quien detestaba y cuya cabeza se preparaba á derribar.

En esta animosidad del duque de Alba contra Egmont se pueden observar muchos matices: el duque no ha tenido aún ninguna acción de fama en su carrera militar y es acusado de mostrar más calma que valor en el combate. Egmont, al contrario, ha tenido más fortuna que talento y gusta de ponderar sus famosas cargas

de caballería en San Quintín y en Gravelinas. La envidia del táctico que ha dirigido penosamente ingratas campañas, al favorito de la fortuna, se añade aquí al horror del hombre metódico y hecho á la obediencia contra el gran señor que se ha atrevido á defender las libertades de su país. Hay aún la antipatía del cortesano sobrio, viejo, achacoso, contra el paladin elegante, joven, jovial; del español dócil y pobre ante el flamenco independiente, fastuoso, feliz.

Esta aversion es disimulada con un arte consumado desde que llegó el duque á Bruselas. Alba comienza por ocuparse seriamente en la seguridad del país acantonando el tercio de Nápoles en Gante, el de Lombardía en Lieja, el de Cerdeña en Enghien (Hena), la caballería del Franco Condado en Walkenburgo (1), y reserva consigo el de Sicilia en Bruselas (2), á donde va á habitar la casa Jauche (3). Al día siguiente se presentó en el palacio de la regenta.

Delante de la escalinata del palacio el capitán de los guardias de la regenta prohibió la entrada á los alabarderos que lo acompañaban (4). El duque entró sin ellos. En la escalera, los arqueros de Madama detuvieron á sus oficiales y por poco no echan mano á las espadas. El duque tuvo que penetrar solo en la cámara de la regenta. Margarita está de pie al lado de su cama con la mano apoyada en una mesa: no hace un movimiento; dice al duque que se cubra y lo escucha por espacio de media hora. Lo que oye es nuevo para ella y muy propio para desconcertarla: es la serie de instrucciones firmadas desde principios de año por Felipe II, ocultas hasta este día y combinadas para desposeerla de todos sus poderes. Uno de estos documentos recuerda que en Flandes «se han puesto en campaña haciendo cosas abominables y execrables, que se tocaba el tamboril: en su consecuencia, añadía, establecemos al duque de Alba nuestro capitán general (5), representando nuestra persona con todas sus preeminencias, jurisdicciones, autoridades, poderes y otras cosas que es de costumbre á nuestros capitanes generales. El dicho duque solo tendrá autoridad entera de ordenar y hacer todo lo que le parecerá conveniente para nuestro servicio, aun de castigar con muerte, confiscación y de

cualquiera otra manera á los que hayan cometido el crimen de rebelión» (6). Según otro documento, «la duquesa nuestra hermana es requerida de obedecer al duque de Alba en todo lo que mande como á nuestra propia persona» (7).

Aquella misma tarde hizo dimisión la duquesa regente. «Después de los ultrajes que V. M. acaba de hacerme, dice al rey, pidió autorización para retirarme á Parma.» No podía ya Margarita, en tales condiciones, permanecer al frente del gobierno. Pero algunos decían que le importaba poco esto, «como quiera que tenía el riñón bien cubierto» (8). Mientras dictaba su dimisión supieron sus guardias que el pueblo de Bruselas intentaba poner en libertad á algunos campesinos que el preboste del ejército llevaba á la cárcel, y acudieron y se reunieron con la *canalla* para soltar á los presos (9). El confesor y predicador de Madama, en todo el sermón, no trató casi de otra cosa sino de que los españoles eran traidores y ladrones y forzadores de mujeres (10). La efervescencia fué tan grande, se hablaba de España «con tal desvergüenza y en términos tan escandalosos, que los condes de Egmont y Mansfeldt creyeron prudente alejarse y hubo de prevenirse al duque de Alba que no saliera á la calle sino bien acompañado.»

Esta indignación general no era producida por el temor de ver castigar á los herejes, sino por las vejaciones sufridas por todos los burgueses obligados á alojar soldados contra las leyes y la palabra misma del rey. Los españoles, que no habían recibido paga hacia tres meses, «lo confiscaban todo á tuertas ó á derechas diciendo que todos los que tenían algo eran herejes» (11). El soldado es alojado en casa de un vecino y se establece en ella como amo: su mujer, la española dura y altanera, toma por criada á la rica burguesa, y nada pertenece ya al propietario, ni su cama, ni sus hijas, ni su dinero: el burgués y su esposa, en su propia casa, están al servicio del huésped, recibiendo aún su desprecio y hasta sus golpes. Los alojados en casas pobres recorren los pueblos inmediatos, ponen á rescate á los colonos, hacen dinero y desertan. Una de las primeras cartas del duque, á su llegada á Bruselas, pide dos mil hombres de refuerzo «por-

(1) Foquemont cerca de Maestricht.

(2) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 383.

(3) Esta casa pertenecía á Juan de Coutreau, señor de Molembrois, Jauche y Assche, situada en el ángulo de la calle de los Carmelitas. Pont. Payen tom. II, pág. 27.

(4) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 399, Mendivil al rey.

(5) Otro documento en latín nombraba al duque *Capitaneum generalem*.

(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 388 á 395.

(7) *Corresp. de Felipe II*, apéndice, 102.

(8) Ms. 12941. Bibl. real, Bruselas, fragm. publ. por Gachet.

(9) *Doc. inéd.* tom. IV, Carta de Mendivil.

(10) *Ibid.* pág. 401. «Tan desvergonzadamente que es negocio de gran escándalo.»

(11) *Corresp. de Felipe II*, tom. I, pág. 565.

que gran número de soldados han tornado en Italia» (1). El hábito de los excesos y esta vida de bandolerismo en medio de una población rica é indefensa aflojan rápidamente los lazos de la disciplina. Aludiendo á su tropa escribe el duque al rey: «Tan mal disciplinada que no me puedo valer con ella, venían tan avezados á robar que no era costumbre hacerse ya secretamente: hánse ido muchos en Italia, en España y algunos en Francia» (2). Este caso, raro hasta entonces, de desertiones tan numerosas en los tercios de la vieja infantería, llena de consternación los ánimos en Madrid, considerando como un síntoma alarmante que lo hayan abandonado más de dos mil quinientos de los que fueron de Italia, sin contar los que se han retirado á España por mar y diariamente se retiran (3).

La regenta hubiera querido aliviar de estas injustas é intolerables vejaciones, con un esfuerzo supremo, á algunas de aquellas ciudades. — Bruselas, dijo al duque, no ha merecido ciertamente la carga de una guarnición (4). — Decid á los burgueses que soy inflexible (5), contestó el duque, y cederán. La duquesa replicó «que era oficio suyo echarse á los pies de su hermano y pedirle se contentase con la sangre que ella había hecho derramar, y á los que más les pareciese castigar, los castigue en dineros.» Esas guarniciones, añade, son crueles y convendría despedirlas. — Yo me ternía por mal caballero y por el más malaventurado de cuantos han nacido, dijo el duque, si se dijese en algún tiempo que yo había faltado á defensores contra los rebeldes ó á hacer ejecutar vuestras órdenes. — Pero Lieja ha sido siempre fiel. ¿Por qué acantonar allí esa tropa? — Voy á confesaros la verdad, señora: yo no me fio mucho de los burgueses de Lieja, y bien merecen este castigo; pero la guarnición de Lieja está principalmente allí para ocupar una posición que separe á Amberes de Alemania (6).

No sólo con la regenta toma este tono sarcástico el viejo general: su sarcasmo parece salvaje, sobre todo, cuando se comprende el sentido secreto de las palabras, en apariencia afectuosas, que dirige al conde de Hornes para decidirlo á dejar su castillo y presentarse en

Bruselas entre los españoles: en efecto, hace llamar al secretario del conde y con pérfido descaro le dice: — Siento muy mucho que el rey no haya dado al conde de Hornes la recompensa que merece; pero es un príncipe justo que, tarde ó temprano, reconoce lo que se ha hecho por él. Los grandes príncipes son tardíos en dar la retribución de los servicios; el conde no tardará en recibir la suya. Si yo lo viera, le probaría que no está olvidado de sus amigos. Estoy ofendido de la desconfianza que me manifiestan los señores del país, cuando soy el amigo y servidor de todos ellos (7). — Y al mismo tiempo se disculpa con el rey por no haber echado mano aún á aquellos señores. «No es más que una espera, dice, por poder coger á todos estos de un golpe» (8).

Las buenas palabras del duque no pueden atraer al conde de Mansfeldt, pero han conseguido hacer entrar en Bruselas (9) á los condes de Egmont y de Hornes y á sus secretarios Backerzeel y Laloo, como también á Van Straalen burgo maestro de Amberes. El día siguiente al de su llegada, se reúnen en casa del hijo natural del duque, el prior Hernandez de Toledo, en un gran banquete donde se les retiene todo el día, mientras se hacen los preparativos de su prisión. «Durante la comida envió el duque á sus trompetas para que alborozaran á los comensales, y á eso de las tres de la tarde envió á rogar á los dos condes que fueran servidos de ir á casa de Jauche á donde paraba á fin de tratar de consuno sobre la forma del castillo que pretendía erigir en la ciudad de Amberes» (10). Entonces el bastardo de Toledo se sonrojó de vergüenza pensando en la reputación de su padre, en el honor español, en el huésped que se sienta á su mesa; baja la cabeza y dice al oído al conde de Egmont que estaba á su lado: Señor conde, levantaos, tomad el mejor caballo de vuestra caballeriza y poneos en salvo sin demora.

Retírase Egmont á un aposento inmediato á consultar con Noircarmes. Noircarmes era un valiente soldado, que había dado pruebas de humanidad en el sitio de Valenciennes; pero cuatro días antes había aceptado el cargo de ser uno de los jueces del conde de Egmont (11), y ha de retenerlo para no perder sus beneficios, y lo alienta y confía, puesto que ha prometido

(1) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, del 30 agosto 1567.

(2) *Ibid.*, tom. XXXVII, pág. 82, del 6 de enero de 1568.

(3) Ms. Bibl. nac. 10751, fol. 1243, carta de Fourquevaux del 9 de marzo 1568.

(4) *Doc. inéd.* tom. XXXVII, pág. 22, carta del 17 agosto 1567.

(5) «Que soy cabezudo.»

(6) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 404 y siguientes.

(7) *Correspondencia de Felipe II*, tom. I, pág. 563. Alfonso de Laloo á Montigny, 27 agosto 1567. «Tan amigo y servidor á todos.»

(8) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 416.

(9) El 8 de setiembre de 1567.

(10) Pont. Payen, tom. II, pág. 27.

(11) *Doc. inéd.* tom. IV, pág. 416, el duque de Alba al rey.